—Bien ves, padre—dijo Magdalena—que Santiago conserva siempre el mismo corazón.

XXXIV

A partir del día en que se fijaron los carteles de la subasta de Kerjean en las esquinas de París, una nueva era de felicidad comenzó para el ministro.

Le parecía que Sarah se había convertido en otra mujer.

Ella, de carácter altanero é imperioso, pero al mismo tiempo frio y calculador, y de una igualdad perfecta, se había metamorfoseado en nerviosa é irritable.

Experimentaba accesos de cólera repentinos, y dulzuras inesperadas.

Pero á pesar de esto, Rodolfo era completamente dichoso.

Sarah, no podía prescindir de él.

Se le veia en el ministerio, en el cual hacía cortas visitas, el tiempo preciso para leer apenas los pliegos que ponían á su firma.

Despachaba los negocios y á los solicitantes con gran presteza; pero las cosas no marchaban mal por eso.

A menudo la casualidad tiene más talento que en la mayor parte de las secretarías, donde son generalmente los funcionarios de una torpeza lenta y majestuosa.

Por otra parte, él, que era, bajo todos conceptos, adusto y rígido; él, que había conservado de su país y de su medianía primera, cierto arte para vestirse mal, asemejándose á

esos comisionistas domingueros, adquirió aptitudes de elegancia y cortesía, de las que nadie le hubiera creído capaz.

Todos sus esfuerzos se cifraban en merecer los favores de Sarah que, bien pensado, no fijaba su atención en él, ni más ni menos, que en el *King Charles* que hubiera pasead libremente por su hotel.

Se le veía por todas partes con ella: en el bosque, en el teatro, en los comercios.

Ella tan casera, y que tan rara vez salía en otros tiempos, deseaba ardientemente distraerse y aturdirse con el movimiento y cambio incesante de aspecto y de sitio.

En cuanto á Rodolfo, era mucho mejor: generoso, cortés y amable con todos aquellos que le trataban.

Se hubiera dicho que queria hacerse perdonar su calaverada. Pero no había que hablarle de otra cosa que de Sarah.

—Estás desconocido—le decia Balussan. —Te rejuveneces, palabra de honor. No eres tan glotón ni puritano como en otro tiempo. Ahora no escribirías aquello de «¡La disolución por el poder!» Mejor te quiero así. ¡Subamos al Capitolio y demos gracias á los dioses!

El retrato de la judía, completamente terminado, reposaba sobre un caballete del pintor.

—He ahí la hada cuya varita me ha transformado—dijo Rodolfo.

—Se dice que no os separais. ¡Ten cuidado que no te embruje!

—Eso deseo.

—Pero das pábulo á la publicidad.

—Estoy orgulloso de ello. ¡Es tan encantadora!

—Pues entonces—dijo Balussan.—La Valliere, la Montespan, la Pompadour, que nunca han tenido fama de feas, son la excusa de sus amantes. ¿Por qué las denigras tanto en tus escritos, ramplón? Hoy te lo devuelven con creces.

Y le tendió un periódico reaccionario.

En él de Ligneres era tratado duramente.

Se le censuraba por los pasajes de su libro. Un hombre de estado no debe escribir nunca tratados de moral, que se vuelven contra él un día ú otro. Se le llamaba sátrapa, y las alusiones á su querida eran tan visibles, que nadie podía dudar.

Rodolfo se echó á reir.

—Todas esas bromas me son indiferentes —dijo á Balussan;—ahora estoy acorazado contra lo que pueda sobrevenir, á excepción de una sola desgracia.

—¿Cuál?

—La de perderla.

Además, Sarah le trataba como á un negro. Jamás súbdito alguno rindió más vasallaje. Disponía de los destinos según su antojo.

—Tu poder vacila, querido mío—le decía; hay que aprovecharse. Los demás hacían lo mismo: imitémosles.

Y distribuía credenciales particulares ó generales y prefecturas—porque de todo disponía— de la misma manera que se le dan á un ciego de la calle cinco centimos.

Durante cinco ó seis semanas cambió la administración, y para colocar á sus favoritos llevó á cabo infinidad de cesantías que mataban—como ella decía—cierto número de mandarines.

En aquella época fué cuando una media docena de hebreos ascendieron á puestos eminentes; Sarah tenía amor á su pueblo.

Pero la parcialidad evidente del ministro concluyó por empeorar su situación, ya comprometida por desagradables murmuraciones. Se ocupaba demasiado de su querida y no tanto de los soberanos, cuyo voto debía precipitar su caída.

Es verdad que después de dos ó tres días de difíciles complacencias le recompensaba con fugitivos instantes de una felicidad tan perfecta, que se hubiera arrojado al fuego á la menor indicación de aquella encantadora cabeza para obtener de nuevo sus favores.

Pero Sarah sufría.

Cuando estaba sola, su doncella, la señorita Celestina, la encontraba víctima de crisis nerviosas; sin causa aparente, lloraba ó reia con esa risa desoladora que tanto impresiona en los manicomios.

Su amor por Santiago se había exasperado con su silencio. Había esperado que la escribiera ó que procurase verla. En sus salidas se dirigía con preferencia á los sitios que él frecuentaba de ordinario, pero no le encontraba en ninguna parte.

Veía constantemente el rostro triste y digno del conde, al abandonarla sin volverse, sin censuras como sin consuelo, sublevado á la sola idea de dar su nombre á una mujer perdida.

Otras veces se entregaba á repentinos furores, pensando en la infamia de que estaba cubierta y en el ostracismo á que el mundo la condenaba.

Courcelles, que seguía con la paciencia de los desocupados aquel drama íntimo, cuyos detalles conocía, se encontraba una noche en su salón.

Blownt y de Ligneres entraron.

Se habló de las noticias que circulaban, y particularmente de una guerra cotidiana que un gran periódico hacía al ministro, atacándole perfectamente en los puntos más vulnerables.

—¡Bah!—dijo Blownt, que sólo admiraba el dinero sin preocuparse de nada más.—Deja que digan, y goza de tu fortuna; ella te consolará.

—¡La fortuna!—exclamó Sarah con violencia.—No sabeis pronunciar más que esa palabra... ¡qué vergüenza!... ¡Y pensar que estoy condenada á vivir con semejantes seres, y oir su lenguaje abyecto?... ¡No recibir más que á gentes cuyo único orgullo consiste en apilar escudo sobre escudo!... ¡Con miserables que un hombre honrado ni siquiera saludaría en la calle!...

Blownt trató inútilmente de calmarla.

—Ya que tanto amas al dinero—dijo—hé aquí un medio de procurártelo.

Tomó un cofrecillo lleno de alhajas, perlas y diamantes.

—Tómale—dijo.—¿Quieres brillantes, perlas, esmeraldas y títulos de renta? Puesto que nada es imposible á quien posee esta riqueza, de la que tanto caso haces, traéme aquí una mujer honrada, y te lo arrojo todo al rostro.

Y como Blownt y Rodolfo se callasen:

—¿Rehusais? Bien veis que eso es superior al poder de vuestro oro y á la autoridad de un ministro! ya lo sabia yo, conque así, mirad el caso que hago de vuestros millones.

Y asió un puñado de alhajas y de diamantes que lanzó por las ventanas abiertas.

Luego, sacudida por un espasmo convulsivo cayó sobre el pavimento.

Blownt, que no perdía la cabeza, asustado por el escándalo de que sus enemigos y los del ministro no dejarían de sacar partido, salió prontamente para recoger lo tirado, dejando á su hija confiada á los cuidados de Rodolfo y de Courcelles.

Rodolfo se echó á sus piés, dándola los nombres más cariñosos para apaciguarla.

—Dejadme en paz—le decía.—Marchaos. Quiero estar sola. Me cansais: vos tenéis la culpa de todo.

Ante aquellos mandatos no había más que ceder.

Obedeció, tratando de llevarse á Courcelles.

—Quedaos, os lo ruego—dijo Sarah al joven.—Os necesito.

Quería hablarle de Kerjean.

El adivinó su pensamiento.

Cuando estuvieron solos:

—¿Habéis visto al conde? ¿Qué es de él?

—Nada más que lo que sabéis.

—¿Se acuerda de mí?

Rara vez.

—Me odia demasiado para pronunciar mi nombre—exclamó.

—No—dijo Courcelles.—El pobre Santiago os amaba de veras; tal vez piensa todavía en vos; pero no le comprendeis. Haceis mal en detestarle.

—¿Yo?—esclamó ella con los ojos enrojecidos por el deseo—¿yo detestarle? Me conoceis mal; le amo hasta morir, á pesar de que comprendo que para él soy un objeto repulsivo.

Y quiso referirle la escena.

Courcelles la detuvo.

—Lo sé todó—dijo.

—¿Por él?

—No: lo he adivinado. Es demasiado reservado para confiar ni aun á su mejor amigo un secreto que no es solo suyo. Yo me paseaba como un filósofo y he observado.

—¿No es cierto—prosiguió ella con pasión—que es generoso y bueno?

—Es solamente un gran señor. Cualidad tan rara como preciosa: la raza no se compra.

—¡Tanto como yo le amaba!

—Tanto, que no habeis querido entregaros á él. ¡Qué caprichosa sois, y qué difícil de conocer!

—No era por falta de corazón, os lo aseguro. Puedo confiaros todo á vos que sois mi amigo.

—Yo siempre soy el amigo de las mujeres bonitas, pero amigo platónico y desinteresado, sin duda por eso me son fieles; nada las pido.

—Pero las dais siempre.

—Me cuesta tan poco. La caja del gran Courcelles, no tiene secretos para su hijo.

—Sois dichoso.

—No me quejo. Limitando uno sus deseos...

—Eso os es fácil... ¿Y Santiago?

—Sí, volvamos á ese buen Santiago.

—¿Qué vá á ser de él?

—Todavía pensais...

—Siempre, lo confieso: es mi pesadilla.

—¡De qué singular amalgama estais compuesta! ¡Excelentes bondades y vicios diabólicos! A veces me pareceis odiosa, y á veces siento tentaciones de arrojarme á vuestros piés: ¡sois siempre deseable! Me recordais los únicos versos que he hecho en mi vida. Se los dirigí á no sé quién, á vos probablemente, un día que tuve esa ocurrencia.

La mujer apareció un instante.

—¿Qué no direis?—replicó—¡Os cuesta tan poco!

—Justamente; pero temo embrollarme. Cuando se ha bebido agua en un vaso de esa calidad no se puede decir ¡fuente!

—¿Y esos versos?

—Empecé por un madrigal y concluí por una sátira atroz. Imaginaba que compare-

cíais ante el Juez Supremo (¡en qué estado!) y terminaba con un apóstrofe enérgico.

Sarah permaneció silenciosa durante un minuto.

—Venid á dar una vuelta—repuso Courcelles.—Tengo ahí mi berlina y vos necesitais distraeros.

Sarah aceptó.

Cuando pasaban por el boulevard Haussmann, vió en grandes carteles:

«VENTA DEL DOMINIO DE KERJEAN.»

—¡Es mañana!—dijo ella palideciendo.—Dadme un consejo.

—Hablad.

—Yo soy la única acreedora del conde. Yo soy quien, á cubierto de otras firmas, le he prestado cuanto debe. Me dan ideas de romper sus recibos.

—Guardáos de hacerlo. ¡Jamás aceptaría!

Ella no desplegó más los lábios.

XXXV

Aquella tarde Balussan fué al ministerio.

De Ligneres había salido. Luisa, sola y sentada en el *bureau* de su padre, escribía.

Tan absorta estaba en la carta, que no le oyó.

Avanzó de puntillas á paso de lobo y leyó lo siguiente:

«Mi querido Pablo:

»Hace mucho tiempo que me encuentro constantemente sola, y, sin embargo, las horas se me hacen cortas. Leo vuestras cartas cien veces y cada vez admiro en ellas nuevas delicadezas.

»¡Cuán dulce es amarse!

»Mi padre me abandona, é ignoro lo que se prepara; pero preveo un gran acontecimiento.

»Creo que se aproxima el momento de que abandonaremos este hotel, donde permanecemos interinamente.

»Los porteros no nos guardan las mismas consideraciones.

»Se percibe cierto olor á desgracia.

»El subsecretario demuestra arrogancia en sus maneras, sin tomarse la molestia de disimularlas. Hay pretensiones á nuestra sucesión.

»Todo esto me divierte y regocija.

»¡Si pudiesen adivinar los deseos que tengo de ver desaparecer esa odiosa cartera, que es un obstáculo para nosotros! ¡De ir á respirar en un rincón de verdor que nos pertenezca, lejos de París, que detesto, y con cuyos tristes honores no sabemos que hacer!»

En este momento Balussan tosió violentamente y Luisa dejó caer la pluma de miedo.

—Hé aquí el cartero,—dijo el pintor en voz baja, depositando sobre el *bureau* un bi-

llete, del cual se apoderó la joven rápidamente.

Luego saltó al cuello de Balussan.

—Me olvidaba de abrazarte—dijo.

—Sí, sí, abrázame mucho por él y por mí y procura no ahogarme. ¿Por dónde anda el bueno de tu padre?

Luisa hizo un mohin de tristeza.

—No lo sé. ¿Verdad que en otro tiempo éramos más dichosos?

—Tranquilízate, Luisa mía, que ya lo volveremos á ser—contestó.

Su predicción debía realizarse más pronto de lo que pensaba.

XXXVI

«Luisa de Lignéres á Pablo de Faverolles.

»Mi querido Pablo:

»El cartero os llevará esta carta. He recibido la vuestra y voy á dormir con ella. En los *Francais*, *el correo* me la ha entregado en propias manos. ¡Qué bueno es mi padrino y cuánto reconocimiento le debemos!

»¡Oh! ¡me acordaré siempre de esa noche de los *Francais*!

»Se representaba no sé qué. ¿Podríais recordármelo? Me haríais un gran favor. Una actriz delgada desempeñaba su papel en los *Alexandrins* de un modo enfático. Me pareció que el argumento era griego; pero no puedo asegurar que no fuera romano ó español. Yo nada oia ni veía nada más que cierta

cabeza que aparecía de tiempo en tiempo en la penumbra de una platea.

»¡Cómo brillaban vuestros ojos, amigo mío! ¡Tenían la claridad de la estrella polar en un cielo de invierno cuando hiela!

»¿Por qué os ocultábais en las tinieblas de vuestro palco cada vez que desde el suyo ministerial mi padre dirigía sus gemelos hacia vuestro sitio?

»¡Os aseguro que era bien inútil ocultarse á sus miradas! no pensaba en vos, y en mi mucho menos!

»Estaba demasiado ocupado en otra parte; pero no podiais notardesde vuestro sitio de lo que llamaba únicamente su atención.

»Enfrente de nosotros, en el proscenio de la izquierda, había una mujer soberbia, resplandeciente de brillantes. Es difícil concebir una cabeza más bonita.

»En su perfil de una gran distincion, calculé que era judía: su color mate, sus ojos negros como el azabache y sus cabellos eran admirables.

»No puedo describiros su *toilette*; era un poema. Figuraos todas las gradaciones del rojo, fundiéndose en un conjunto armonioso.

»Recomiendo dicha obra maestra á mi padrino que vino á pasar una hora á nuestro lado.

»Le he hecho varias preguntas acerca de! aquella dama.

»¡No puede permanecer serio ni unminuto

»Me contestó en voz alta ante tres caballeros.

»Luisa saluda á tu madrastra.

»Mi padre sonrió con aire contrariado.

»Al principio no comprendí; y á una señal suya.

»—A fé mia—replicó Balussan—la noticia es bastante pública.

»No se porqué vamos á hacer un misterio de ella, á tu hija.

»Mi padre palideció, enrojeció y se puso color violeta.

»Todos los colores del arco iris pasaron por su rostro.

»—No sabes lo que te dices—contestó con aire vejado volviéndose á otra parte.

«Balussan sonrió enigmáticamente.

»Por mi parte no estaba segura de si bromeaba como en su taller ó si hablaba formalmente.

»Me llamó la atención la insistencia con que mi padre miraba hacia el palco de la dama, que yo titulaba la duquesa de enfrente, á causa de su maravillosa *toilette*.

»De pronto Balussan, que parecía reflexionar, sacó un periódico de su bolsillo y se lo tendió á mi padre.

»—Lee,—dijo—pero te prevengo que es venenoso.

»He aquí sobre poco más ó menos lo que contenía:

«Se anuncia el matrimonio próximo de uno de los ministros más en boga, con la señorita S. F., una de nuestras mujeres mundanas cuyo fausto es célebre. Esa bella israelita se encuentra al frente de varios millones

realizados recientemente, de diversas maneras.

»El origen de esa opulencia, concuerda con la entrada de su futuro en el poder.

»Se insinúa tambien que existía entre ambos una sociedad sobre la cual la tribuna no podría permanecer muda sin causar un escándalo financiero.

»Esa nueva asociación no hará más que regularizar la antigua, sin llevar á los cónyuges, otras ventajas que cierta legitimidad de una unión ya efectuada y chanchullos de Bolsa ha tiempo verificados.

»Es la novedad del día, y vale la pena seguramente de analizarla bien sin aceptar la responsabilidad de ella y bajo toda reserva.»

»—Espero—dijo Balussan—que tirarás de las orejas á ese gacetillero.

»—¿Por qué?—replicó mi padre.

»—¿Y te quedas tan tranquilo ante semejante infamia?

»—¿En qué me concierne?

»Balussan se inclinó al oido de mi padre:

»—Entónces—díjole—¿no hay ni un solo átomo de ver dad en esa repugnante noticia?

»—Silencio, —replicó mi padre colocando un dedo sobre sus labios, y lanzándome una mirada;—mañana hablaremos de eso.

»Y sin más explicaciones dirigióse al palco de la duquesa que estaba enfrente.

»—Balussan me estrechó la mano, y con un acento que no olvidaré en mi vida, me dijo:

»—Dentro de ocho días tu padre habrá per-

dido su cartera. No caerá del poder, sino que será precipitado.

»De pronto mi memoria se iluminó.

»Me acordé que había visto el retrato de aquella dama en el taller de mi padrino; que había tomado nuestra defensa é insistido con cierta autoridad á fin de que mi padre nos concediese el deseado consentimiento: entonces me pareció más encantadora que al principio.

»Sin embargo, sus miradas y su rostro expresaban evidente desagrado, sobre todo desde que mi padre se presentó en su palco.

»Fingía hablarle, pero no le escuchaba sino distraidamente, fijando con insistencia sus gemelos en el palco vecino al nuestro.

»Me incliné y ví una adorable figura de joven, cuyo rostro, guarnecido de cabellos un poco más rubios que los míos, realzaban su hermosura.

»En veinte veces distintas, la judía dirigió sus miradas hacia aquella cabeza rubia sobre la cual se inclinaba un joven, indicándola los personajes que llenaban el teatro.

»Mr. Desvaux, el secretario de mi padre, ese moreno alto, delgado y largo como un día sin pan, y que me hace la corte asiduamente (no tengais celos, mi querido Pablo) me nombró al que conversaba en el palco próximo.

»Era Pedro de Courcelles, el hijo único del gran banquero, reía con la joven rubia y se conocía que se burlaban de aquellas que llamaban su atención y sobre todo de la bella judía y de mi padre.

»En aquel momento no conocía yo aun el artículo que os he copiado: más tarde Balussan me lo comunicó.

»—No es posible,—exclamó una vez enterada de aquella infamia.

»—¡Quién sabe—dijo mi padrino.

»Y con una amargura que desbordaba, añadió:

»—¡Todo se puede temer de esos renegados! ¡Quisieran agobiarle bajo su *in-octavo* «de la corrupción del poder!»

»Me acordé de mi santa madre, volviendo al pasado, y me pareció qué ella nos protejería contra toda desgracia.

»Y con la esperanza de nuestra unión y las felicidades que nos esperan, mi querido Pablo, no he vuelto á pensar en las palabras de mi padrino: «Tu padre será precipitado del poder.»

»¿No es ese el único obstáculo que existe para nuestra felicidad?

»Amo á mi padre, y me veo en la necesidad de recordároslo. ¡Ha sido tan bueno y tan tierno para mí!

»Si ahora se aleja de nosotros, él volverá.

»Ignoro lo que tanto llamó la atención de mi vecina hácia el final del espectáculo; pero reía de tan buena gana, que su alegría se me comunicó.

»Olvidé las preocupaciones del principio, y el porvenir me pareció de color de rosa; después le porfié tanto á mi padrino, que le devolví su ordinaria alegría.

»—Hago mal en alarmarme—me contestó,

—porque ese párrafo ha debido ponerle algún miserable. Rodolfo no puede abrigar semejantes ideas.

¡No ha llegado á ese extremo. No es ningún águila, seguramente, aunque haya subido tan alto, pero tampoco es ave alguna de corral.

»Mi padre volvió á nuestro lado tras una larga estancia en el palco de la judía. Esa señora pertenece á la alta banca, según se me asegura; pero de la más comprometida.

»En cuanto á mi padre, tenía el aire preocupado; no obstante, no hizo ninguna alusión al artículo del periódico.

»A la salida nos encontramos con mi alegre vecina de palco; daba el brazo á un distinguido personaje, que debía ser su padre, joven todavía, á pesar de sus blancos cabellos.

»Una berlina enganchada á dos soberbios caballos les esperaba.

»Son personas que pertenecen á lo más escogido de la sociedad; eso se adivina al primer golpe de vista.

»La joven dió un apretón de manos á Courcelles, en un nuevo acceso de alegría.

»Decididamente, no es partidaria de la melancolía.

»Mi padre me condujo al hotel.

»Me abrazó estrechamente, como hace siempre.

»Un momento después oí el ruido de un coche al alejarse, y por curiosidad levanté la cortina.

»¿Dónde iba?

»Un mal pensamiento se apoderó de mí, pero le deseché en seguida.

»Cuando quedé sola, leí vuestra carta, que me remitió mi padrino.

»¡Cuánta bondad, mi querido Pablo! ¡Qué de cosas me decís, que no merezco!

»¿Las sentís vos? Sí, ¿no es cierto?

»Tengo confianza en vuestro amor, y comprendo que sólo concluirá con nosotros.

»Seremos el uno del otro, y bajo la mirada de Dios que nos protege; viviremos unidos hasta la eternidad.

»Os amo tanto, que me sería imposible dejar caer mi mano en otra que la vuestra y pronunciar el solemne sí, si no fuéseis vos quien le recibiera.

»Os escribo bien largo, y no obstante me es imposible resolverme á abandonaros. Me parece que estais aquí, cerca de mí, que os veo y que os hablo.

»Hasta pronto, mi querido Pablo; amémonos bien, amigo mio; yo tengo confianza. Hasta la vista, y creed en el puro amor que os profesa, vuestra

LUISA.»

Las dos daban cuando se metió en el lecho.

Su padre no habia vuelto todavía.

Lanzó una mirada al retrato de su madre, que la sonreía con ternura; luego se durmió pronunciado el nombre de su novio.